

a tener el último dato que se vuelva la póstuma palabra sobre el cómo, el quién, el dónde, el cómo, surgen y se difunden ciertos hábitos, discursos, comportamientos, premisas teóricas y metodológicas; el riesgo o el conformismo con quedarse con esa última palabra, y no ponerla en duda, o no re-significarle en un contexto contemporáneo, adolece de un exceso de soberbia y resignación. Porque lo único que impone es una especie de historia “adjetiva”, y de sentencias cortas que “alguien” dijo que pueden memorizarse e ideologizarse para después ser transmitidas en cursos, conferencias y debates científicistas.

Una historia disciplinar, en este caso la de la psicología social, será significativa mientras todavía se pregunte el porqué y para qué de su existencia, propuestas y argumentos que le permitan consolidarse, reconocerse en su originalidad y autonomía, distinguirse de otros campos de conocimiento que no pueden, o no quieren, o no les interesa, responder esas preguntas que desde aquí se están generando.

Sugerir que un campo de conocimiento o disciplina cuya pretensión fue por instaurarse como científica en la transición de un cambio de siglo –del XIX al XX- tiene orígenes culturales¹, tal y como sucedió con la psicología social, se torna relevante porque hasta la fecha, y desde diversos apartados y discusiones (Stoetzel, 1970; Buceta, 1979; Farr, 1996;

¹ Lo “psicosocial” es un asunto cultural e histórico, y en estricto apego a las interrogantes sobre el ¿qué es?, la respuesta incluye distintos escenarios, por ejemplo los siguientes: uno, aquel que hace referencia por los comportamientos colectivos (Sharpe, 1991), o ese otro que se interesa por lo que la gente piensa o siente a diario (Burke, 1991), o uno más, enfocado en la descripción de algunos hábitos o prácticas que deviene conocimiento, malas o buenas, eruditos o profanos (Le Goff & Nora, 1974). Y esto para nada suena descabellado, al contrario es coherencia total. Por caso, y siguiendo con los ejemplos, y mal parafraseando a Gaston Bouthoul, sociólogo e historiador, él señala que el objeto de estudio de la psicología social son las mentalidades (1979: 126); asimismo, Serge Moscovici, filósofo de la ciencia y psicopsicólogo en toda la extensión de sus *honoris causa*, se interesó por el cómo es que la gente común describe un conocimiento erudito y lo vuelve mundano (1961), además algo que llamó su atención fueron las formas en las que la gente se reúne (1981), para manifestarse, explotar, explorar, condensarse en una fuerza social y ejercer presión contra alguien o algo: pensamiento o tirano, o los dos. Y eso no devela más que el constante interés por expresiones, descripciones o relaciones hechas de “cultura”.

Alvaro y Garrido, 2003; 2003b), y durante más de un siglo, su definición sigue siendo confusa o recurrente, eso si somos políticamente correctos con lo previamente dicho; pero por otro lado, y sin la mínima pretensión por quedar bien con nadie, la indefinición de la psicología social es una irresponsabilidad de quienes la configuran, la describen, delimitan y transmiten a las posteriores generaciones, algunas veces dicen que ésta no es nada, y así sacudiéndose las conciencias y las preguntas siguen tan campantes por sus cubículos y depositarios del saber; en otras más acaban conformándose con decir que la psicología social es “medio psicológica” o “medio sociológica”, o que es el “híbrido” de las dos, o que es más o menos social y menos y más individual. Total puro conocimiento basado en dicotomías. Individuos versus sociedad. Y eso, al final, no es más que puro sentido común.

1.- El Contexto

Sin embargo, ni social ni individual sino psicosocial es la aproximación que se desprende de este campo de conocimiento, y ese es el argumento central de la presente discusión. Y para sustentarla habrá que dejar de pensar en quién dijo qué y cuándo lo dijo, eso es importante pero es complementario al señalar e identificar qué fue lo que se pensó sobre el –o cómo es que se reaccionó al- contexto socio-histórico y su definición como problemática social. Por caso, lo que sucedió en la conformación de la psicología social en México.

“No somos los primeros en darnos cuenta de que la cultura, en nuestra concepción actual, tiene historia” dice Peter Burke (1997: 16). Y no seremos los últimos en interceder por las transformaciones culturales (Arciga, 2007), tanto las que llevan tiempo, como la edificación de una ciudad o el asentamiento de una costumbre, hasta las que son efímeras pero impactantes en el devenir cotidiano, por caso, la efusividad afectiva en un concierto o una

manifestación que se torna recuerdo y sentencia pasado el tiempo. A eso es a lo que se hace referencia cuando se habla de “cultura”, a las expresiones colectivas, a las prácticas cotidianas, y al cuánto permanecen en las conciencias, y quiénes y porqué lo asimilaron, y quienes no, y lo descalificaron.

Una historia cultural proviene de la cotidianeidad, emerge de un periodo socio-histórico y a la vez cambia de acuerdo a las mismas manifestaciones, al uso, o a la discontinuidad de una práctica, a la transformación de una en otra, a la instauración y el reconocimiento de diversos comportamientos que no serán sólo colectivos, sino personales, serán actitudes que toda una sociedad adoptó o asimiló para volver comprensible su entorno diario. Así, y en apego a lo que han sido las investigaciones históricas enfocadas hacia la cultura (Burke, 1997: 33-39), el presente texto coincide con esas premisas, y se interesa por los mismos “objetos de estudio”. Apelando a “lo mundano”, a “lo cotidiano”, a “lo popular”, a lo que se hacía en las tardes, o al despertar en las mañanas, o a lo que se dio por llamar “diversiones nocturnas”, a los hábitos de lectura, a ver qué se leía y se escribía, a ver qué se decía del vecino y cómo se conspiraba contra tal o cual personaje, rechazándole, segregándole; a esos deambulares por la ciudad y que parecían “normales”, a los sitios que se frecuentaban para divertirse, convivir, departir y saber de los demás.

Y el cómo fue que todo eso se fue transformando, poco a poco o “de golpe y porrazo”, aún cuando “visto desde dentro, lo cotidiano parece intemporal” (Burke, 1991: 26), la pretensión del texto, es adentrarse en lo que fue cambiando en un cierto periodo histórico, de la mano de ciertas disposiciones y reglamentos, y tomando como pretexto a la psicología social, no elogiando sus logros en aquel contexto, sino ahondar en lo que ésta, como otras tantas disciplinas veían, diseccionaban, analizaban y categorizaban de la realidad social. Lo que podrían asumir como “problemáticas sociales”.

En los orígenes de una historia disciplinar se intenta re-significar esos datos duros, y construir otros tantos más, a partir de las formas de interacción mundana, de los discursos que se usaban para describir y hacer comprensible una realidad. Algo le interesó a los científicos sociales de la época, algo llamó su atención, algo con lo que convivían o que sobresalía, algo que creyeron que sería extraño, o raro, o enfermo, o poco común. Sin embargo, en lo común es donde lo psicosocial tendría asiento.

La cultura es una creencia, sugiere Pablo Fernández (2007), la cultura “es” en lo que la gente cree, lo cuál significa que no hay una definición exacta ni verdadera ni única ni última de lo que la cultura es, provenga de donde provenga; la cultura es una contingencia, la cultura cambia, se transforma y esos cambios son imperceptibles, por más control y seguimiento que se les pudiera hacer, empero creemos en la estabilidad del conocimiento, o de la vida social, y de su relación determinista; creemos en que ese conocimiento encauzó los comportamientos, los discursos, las prácticas sociales, y por eso nos apegamos a los datos (en este caso, históricos) que lo confirman, sin embargo, otro puede ser el sendero a recorrer, dejando de ver a los datos como meros datos sino como experiencias (Fernández, 2007: 34-40), o mejor dicho, como historias que se entrecruzan en un cierto tiempo y lugar, y que gestan realidades, muchas, las necesarias, y no una sola realidad predominante. Así las cosas, la psicología social de principios del siglo XX en México fue una de las tantas historias que abrevó de las demás historias que se estaban sucediendo, y a la vez algo con estas logró compartir, su preocupación por un proyecto de sociedad. Si lo logró o no, esa ya es otra historia.

De ahí la propuesta por visualizar los orígenes de la psicología social como una historia cultural, no como una disciplina científica nada más, sino como un escenario que se

desprendió de lo cotidiano de las prácticas, las costumbres y los discursos. La psicología social se interesa por lo psicosocial, no por lo “psico” ni por lo “socio”, como es que dicen los manuales que es, y eso psicosocial se deriva de lo cotidiano.

Se bosqueja aquella otra versión disciplinar que se ha omitido de los emplazamientos académicos involucrados en los orígenes de un campo de conocimiento, preocupados en señalar quiénes fueron los “padres fundadores” de la disciplina en una cierta localidad, y cuáles fueron sus aportaciones intelectuales, qué de ello es lo que ha perdurado, quiénes han sido influenciados y continúan con esa vertiente intelectual. Eso, por supuesto que es necesario pero se torna insuficiente cuando lo que nos importa no son tanto los nombres sino las formas de relacionarse, identificarse, convivir y compartir en un cierto periodo histórico, y el cómo una comunidad científica estableció los presupuestos para redefinir esa realidad, encauzarla, estandarizarla, institucionalizarla, de acuerdo a la ideología y los preceptos que en la época se exigían compartir y/o legitimar.

Los científicos sociales del período, de la transición del siglo XIX al XX, abocados en la configuración de una realidad, elaboraron su propia versión, una que se distinguiera del conocimiento común, del común de la gente, de la “gente común”, enfocándose en esta para elaborar categorías sociales, estereotipos, perfiles, estadísticas, quiénes más y quiénes menos, quiénes son “normales” y quienes no tanto, o nada; quiénes son parte de la vida social (y de un proyecto de sociedad moderna y positiva que se estaba impulsando), y quienes deberían ser desplazados, expulsados, relegados de la misma. A saber:

1.1. La Ciudad Moderna

Cada ciudad tiene su voz propia,
sus exclamaciones, su ruido especial,
algo que es como el conjunto de todos sus rumores...

Según datos históricos (Valderrama, 1982-1983; 1984; 2004; Rodríguez, 2005; Álvarez, 2011), en el ámbito pedagógico y educativo donde se ubican las primeras influencias de la psicología hacia la descripción de la realidad social mexicana, pendientes de las distintas ideologías gestadas, y de su impacto en las conciencias, de su transmisión, cuyo trasfondo va muy de la mano de los supuestos porfiristas enfocados en la instauración de aquella máxima preocupada por el orden y el progreso (López, 1999; Solís, 1999). Pero eso fue lo que sucedió con la psicología, no con la psicología social².

La psicología social en México está contenida en una historia por demás interesante. Además de ser una mirada original, sus orígenes exponen los prejuicios y las buenas intenciones de los intelectuales de principios del siglo XIX, de finales de ese mismo siglo y de los inicios de una época “moderna” y positiva (Zea, 1943; Gallegos, 1982-1983; Cházaro, 1994). Algunos de ellos tendenciosos, otros conservadores, otros llamados y vistos como liberales, y algunos más como simples cronistas interesados por el cómo la vida social se vivía y sobrellevaba. Y es que a estos se acudía para esclarecer y resolver las problemáticas sociales, urbanas, demográficas, educativas y políticas de ese tiempo.

² Toda historia es un retorno a los orígenes, y a la vez es un reencuentro con las posibilidades acerca de una potencial –otra- realidad, disciplinalmente sugiere poner entredicho los datos que se han asimilado, ideologizado, sobre quién, cómo, cuándo, dónde y por qué, no siempre completamente explorados, ni en ese orden ni con el suficiente interés, en ocasiones simplemente privilegiando respuestas que se adecuen y justifiquen teorías, personajes, ideologías y uno que otro método. Práctica intelectual que no resulta extraña, pero sí omitida de los registros; cada quién reivindica a sus propios “padres fundadores”, a la ideología que más le acomoda y a los escenarios que mejor le simpaticen. Entre psicólogos sociales puede ser o bien Wilhelm Wundt (Danziger, 1990), o Gabriel Tarde (Farr, 1996), o James M. Baldwin o Ezequiel Chávez (Valderrama, et. al., 1994; Rodríguez, 2005), empero al final, no serán los autores los que trasciendan el tiempo, sino la coherencia teórica de sus argumentos lo que se seguirá debatiendo.

La Historia se ha interesado por todos estos escenarios, los ha abordado y en su rastreo y configuración se han generado nuevas formas históricas de aproximación a la realidad (Le Goff & Nora, 1974; Burke, Darnton, Gaskell, et al, 1991; Burke, 1997; Dosse, 2003), donde los grandes ejes de la vida social, lo político, lo económico, lo religioso, son puestos entredicho, y donde esas nuevas versiones históricas de interesarse por la realidad, permiten evidenciar que aquel tipo de conocimiento en pos del orden, el progreso, la estabilidad, la vida moderna, cuya intención es por ocultar cualquier problemática social evidente, son conformistas y poco críticas con sus excesos. Son elitistas y lo único que les interesa son las “estructuras sociales”. Basados en esta forma de hacer historia, las categorías sociales se multiplicaron. Los grupos humanos se identificaron y se señaló quienes serían parte de tal o cual conjunto, actividad, comportamiento, discurso e ideología.

Empero se vuelve necesaria una nueva mirada a la realidad conocida, deambulando entre los datos históricos sabidos, proponiendo que estos no son los últimos ni los únicos, identificando relaciones entre estos y nuevos datos, exponiendo lo que antes había sido omitido o desplazado o descalificado, incorporando a otros personajes para generar una nueva y distinta discusión, enfocándonos en un periodo, un quehacer intelectual y un contexto común, eso es lo que se pone a discusión. Todos estos elementos son los que dieron vida a la psicología social en México, a saber.

Aquellos fueron los factores que institucionalizaron un conocimiento, en contraparte, apelar por una historia cultural implica el despliegue de un origen distinto, intercediendo por un desarrollo velado, una difusión contingente; y que a la psicología social hecha en México le configuraron como un campo autónomo, que a destiempo de los orígenes históricos registrados de la psicología social a nivel mundial (Gallegos, 1982-1983; Jurado, 1982;

Moscovici & Markova, 2006; Rodríguez, 2007) gestaron esa mirada psico-colectiva interesada por las relaciones humanas, el intercambio y la difusión de los símbolos y significados que permitirían comprender las transformaciones culturales acaecidas en ese periodo histórico, colofón de esa transición entre siglos y de las polémicas constantes entre los distintas disciplinas preocupadas por definirse a sí mismas a la par de pretender definir la realidad.

1.2. De lugares y personajes

Con la psicología social se devela otro escenario, inmerso en los rumores, la literatura (la prensa, las crónicas, las novelas, los ensayos), los registros demográficos, las conversaciones mundanas que a partir de los temas en boga se desplegaban, en el sentido común expuesto por cada una de las clases sociales que se reconocían o se desconocían entre sí, en las prácticas sociales que se realizaban, en la crítica cultural y política que se volvió más allá de una afición en una discusión fundamentada, y en la descripción de la vida urbana y las implicaciones por sobrellevarla y adaptarse a la misma, a los nuevos medios (Ornelas, 2006), y a las distintas aperturas morales (Núñez, 2002; Calderoni, 2006). Es en la transición del siglo XIX al XX cuando en la sociedad mexicana se reinterpretan esos elementos dispersos en la cotidianidad del país, en sus personajes, sus actitudes, ante esa realidad vivida; y que puede proponerse como núcleo central del mosaico psicosocial de la sociedad mexicana (Bisbal, 1963; González, 1990; Speckman, 2006; Piccato, 2010).

Y todo eso, tuvo sus consecuencias, será por lo pintoresco y festivo, por lo irreverente -o por ir en contra de las buenas costumbres y las normas sociales de unos cuantos- de los comportamientos y las actitudes antes mencionadas; será porque el pensamiento

conservador de la época exigía un mucho de recato y apego a la ideología científicista que se estaba imponiendo en las instituciones políticas y educativas del país (López, 1999; Solís, 1999; Rodríguez, 2007; Álvarez, 2011) o “será el sereno”, es decir, el ambiente urbano que se venía desplegando, la atmósfera citadina, el clima social de una ciudad que se recreaba en la movilidad social y los asentamientos (González, 1990; Álvarez y López, 1999; Rodríguez y Navarro, 1999; Campos, 2001), el cuál se tornó un nuevo personaje, ya no hecho de individuos ni grupos sociales, sino de interacciones, de distanciamientos, gustos o afinidades, de visitas asiduas a uno o muchos lugares, de recreaciones sobre las divisiones impuestas sobre las razas y las clases sociales (González, 1990; Buffington, 2001; López, 2002).

La frase cómica del párrafo anterior, más allá de lo coloquial, es un reconocimiento sugerente hacia las transformaciones urbanas, de las calles, de los espacios de ocio y esparcimiento, asimismo de los lugares obligados de tránsito, o de reunión, en donde cada cual impondría sus propias dinámicas para interactuar, siendo estas obligadas a realizar para convivir, dinámicas que harían evidente las políticas públicas y gubernamentales preocupadas por la higiene y la salubridad, por el libre tránsito y por la designación de espacios y sus respectivas actividades (González, 1990; Álvarez y López, 1999; Barbosa, 2006).

Estas divisiones fueron las que demarcaron el cómo, el qué y el para qué de las prácticas sociales; para unos se volvería prioridad el definir y clasificar a todos aquellos que contravinieran las normas, o confrontaran las jerarquías sociales, enfocados en aquellos que simplemente se vistieran distinto, o se relacionarían distinto, o estuvieran embebidos en hábitos que se calificaban de reprobables, de poco sanos, de anormales, de estrafalarios, y

es que ya siendo identificados podrían ser catalogados, vigilados, relegados de la vida social y/o encarcelados, desplegando esa manera tan clásica de hacer uso del conocimiento y las técnicas de selección y exclusión social. Restringiendo su participación en la vida civil, y postulando todas las posibles dicotomías que permitieran controlar la realidad social, a saber, indio-mestizo, conservador-liberal, sano-insano, pueblo-burguesía, ciudadano o criminal o delincuente o vago, mujer-hombre, joven-anciano, útil-inútil.

Y estaban aquellos otros, los mismos que habrían sido calificados y relegados, pero daba la casualidad que ellos disfrutaban lo que hacían (y eso a los clasificadores les molestaba), y para nada veían, o interpretaban, o repudiaban sus acciones, porque lo forjaban con gusto y algarabía, les encantaba la vida diurna y la nocturna, el festejo y las galimatías, el brindar por todo y con todos, y degustaban alcohol, pulque o aguardiente, y eran asiduos a los expendios donde las vendían y ahí mismo las consumían (las vinaterías, las pulquerías, las cantinas), y ahí también hacer alarde de los excesos, en consecuencia les fascinaba la bravuconería, el machismo y el lenguaje imprudente, el albur y la lotería, el juego por el simple hecho de serlo, el rumor, el chisme y el cotilleo por el simple hecho de contarlo, la vida social por el simple hecho de vivirla. Así sobrellevaban su jornada, por ello valía la pena terminar a prisa las actividades del día, o mejor no hacerlas, o hacerlas mal, porque era preferible pasar por perezoso que por “aguafiestas”, porque la tradición del “San Lunes” era más importante que la de “llegar a tiempo”, o sobrio o limpio, y porque “la raya”, el antecedente colonial al sueldo moderno no era lo mismo si no se despilfarraba, se apostaba y se perdía en un volado, en la rayuela cotidiana, o en cualesquier juego de azar, o si al mismo no se volvía botín de un robo, una injusticia o canallada de parte de los patrones,

compañeros de parranda o mujer rentada (Viqueira Albán, 1987; González, 1990; Núñez, 2002; Speckman, 2006).

Al final del siglo XIX, las prácticas y las costumbres, los hábitos y las maneras de ser, se condensaron, se tornaron visibles, más que cuando por primera vez aparecieron³, y su contraparte, la regulación de las mismas, a partir de técnicas y registros también se impusieron; y en la literatura es donde pueden ser rastreadas, tanto en el dato duro proveniente de las estadísticas como en el dato ligero, coloquial; así las novelas, más que en la crónica, son el documento donde la sociedad mexicana se reconoce, a saber, “un ambiente histórico y político” (Bisbal, 1963: 23), es el que delimita el nacimiento de la novela mexicana. Personajes, gestos, comportamientos, actitudes, diferencias entre clases sociales, estereotipos, son los que conciben el género literario, y las historias contadas, los relatos que se publican, aunque vistas como ficción o imaginarias, serán reales, actuales, cotidianas, dignas de ser un documento serio, a razón de exponer indirectamente el pensamiento de la sociedad, su transición y transformación de las costumbres, o lo que visto de manera racional y científicista será definido como problemáticas sociales.

La literatura, tanto la científica como la corriente, se leía y se revisaba por cualesquier interesado, y se entremezclaba a partir de las discusiones acaecidas en los más diversos

³ Valga una acotación, las costumbres adolecen de exactitud histórica, no se sabe a ciencia cierta cuándo aparecieron, simplemente permanecen mientras se sigan realizando, y se van transformando de acuerdo a las necesidades, empatías, personajes que se integran a la misma, nuevos o viejos discursos y descripciones del por qué se siguen practicando. Es posible rastrear un aproximado de su aparición, de su implantación en la conciencia colectiva, pero cabe la imposibilidad al identificar su erosión como dinámica social, y es que los grupos que las convocaban han desaparecido, ya no se reúnen para realizarla, ya no es de su interés, estos -los grupos- o se volvieron otros, o la costumbre después de tanto tiempo quedo relegada de sus vidas (Halbwachs, 1925). Las costumbres son un recuerdo, son muchos recuerdos a la vez, y quienes la hacen la conmemoran, y quienes no ya la han olvidado. Como dijera aquel sociólogo francés: “No existe idea social que no sea, al mismo tiempo, un recuerdo de la sociedad” (Halbwachs, 1925: 343). Recordar un período histórico no es lo mismo que conmemorarlo; en esto último se está re-significando, en lo primero, se está ideologizando.

escenarios, bien podían ser las aulas universitarias o también suceder en las cafeterías de las diversas zonas de la ciudad, las cuales cada día abundaban más (Díaz y de Ovando, 2000; Campos, 2001).

Pero ¿qué es lo significaba todo esto? Las querellas intelectuales sobre la realidad social de la época no se circunscribirían a un sólo lugar, ni serán exclusivas de una sola disciplina, y así, ni los eruditos las podrían contener ni los legos las podrían evitar, los primeros las difundían y los segundos las escuchaban al pasar. Empero, ese conocimiento devendría rumor y cotilleo; e inversamente esa práctica social, la de escuchar, reconocer, difundir y reinterpretar [dice Marco Antonio Campos en su texto: “no hay cronista que en los dos siglos de existencia del café en México no ponga a cafeinómanos y chismógrafos como gacetilleros orales [...] y los reconozcan como personajes altamente dotados para emponzoñar el ambiente del local (2001: 23)], lo que se decía era la realidad, generaría más preguntas, escritos, disertaciones y políticas que en conjunto se tornarían el primer y único bastión al cual acudir para legitimar aquellas acciones en pos del registro sistemático, la vigilancia extrema, la selección arbitraria (Buffington, 2001; Piccato, 2010), la lógica higienista (Guerrero, 1901; Agostini, 2005), la moralidad exacerbada, la distinción tácita entre clases y razas y prácticas y preferencias (Urías, 2000), el enjuiciamiento del entretenimiento y el ocio (González, 1990).

El contexto exigía que las prácticas y comportamientos se regularan, y si no sería por las buenas, sucedería por las malas, o mejor dicho si aquellos que hacían toda clase de actividades que atentasen contra la incipiente modernidad no reparaban en que estaban truncando ese proyecto, habría quienes sí elaborarían cualquier cantidad de estrategias para que los inconscientes reparasen en el daño infligido a la nación (Barbosa, 2006). A partir de

la instauración desde el discurso científico de que el uso y asunción de las pruebas y perfiles, la diferenciación entre razas (Urías, 2000), los hábitos y las características físicas determinarían, y posiblemente esa es la palabra clave, el determinismo como estandarte, y su impacto en la división social y las relaciones que se podrían establecer en la sociedad mexicana.

Con el proyecto de nación que intentaría establecer el estado porfirista (Colotla & Jurado, 1982-1983; López, 1999), la modernidad requería que se siguieran al pie de la letra las siguientes premisas: orden [limpieza] y progreso, y porque en estas no tendrían cabida ningún exabrupto social, ni ninguna igualdad social, las medidas a tomar ubicarían los presupuestos científicistas como las directrices y cabría resaltar que el eclecticismo en la conformación del ámbito científico en la sociedad mexicana le proveyó de un abanico de posibilidades para instaurar y justificar cualesquier práctica.

Por un lado la instauración de un pensamiento positivista que regulase las ideologías y a las instituciones, las educativas en específico; por otro lado, la recuperación de textos escritos por juristas y criminólogos reconocidos y leídos en diversas latitudes europeas, en específico se acudió a textos de Gabriel Tarde para hablar de procesos de imitación y la lógica social (Buffington, 2001; Núñez, 2002; Rodríguez, 2007: 237), no así aquellos otros del mismo autor que recuperarían el papel de los públicos, la conversación y los lugares de recreación; además basados en ese eclecticismo en la configuración de lo científico, asistieron a aquello que en algún momento podría ser reconocido como la psicología criminalística o mejor dicho, la psicología colectiva italiana, o mejor ubicado, las tesis de Enrico Ferri y Cesare Lombroso (Cházaro, 1994; Núñez, 2002), que condensaban aquellas reflexiones de la vieja escuela italiana que se basaba en estudios antropológicos y

biológicos sobre el cómo identificar las influencias tanto del ambiente hacia el individuo como las transformaciones que podría producir el individuo hacia el ambiente. El enfoque del “criminal nato” tuvo tanto éxito en esa época y en las latitudes mexicanas (Piccato, 2010), que se le intentó mantener en los discursos hasta la década de los 70 del pasado siglo XX (Urías, 1996).

Ciertamente el positivismo en todas sus vertientes influyó en las distintas formas de conocimiento a las cuales acudir para afrontar problemáticas sociales o ambientales (Zea, 1943; Cházaro, 1994; Álvarez y López, 1999), porque se vislumbraron como las más adecuadas, porque serían enriquecidas y ejemplificadas con todas las manifestaciones o fotografías culturales y nacionalistas y porque allende las fronteras la imagen que se quería exponer de la sociedad mexicana no era la de la recreación y ocio que le caracterizó (Viqueira Albán, 1987; Gonzalbo, 2006), sino la de una sociedad que atajaba todas las manifestaciones y particularidades que le pudieran hacer quedar mal en el ámbito internacional (Aguado, Avendaño y Mondragón, 1999; Piccato, 2010; Alvarez, 2011).

La psicología social que se gestó en México abrevó de todos esos escenarios, de los personajes y actitudes que de ser ordinarios, comunes, se volvieron conductas extraordinarias, estafalarias, anómicas e imprudentes de ser expuestas en cualquier situación; y para eso se justificaba su represión y control, por eso las cárceles y manicomios se volvieron tan importantes porque era mejor observar detalladamente a esos personajes que verlos interactuar en las calles (Barbosa, 2006), con catálogo en mano los distintos rostros de la sociedad mexicana conformaron un zoológico humano asentado en prejuicios y falsas creencias, en rumores, temores y desobediencias, y donde la única –y última- solución sería el de arrasar con todo eso, apagar las disidencias, imponiendo un solo

discurso, sugiriendo un lenguaje lleno de tecnicismos, postulando una manera de vivir basado en las buenas costumbres, las élites respetables y las científicistas aspiraciones como bandera (Rodríguez, 2005; Alvarez, 2011).

Es en la transición del siglo XIX al XX cuando sucede todo esto, extrañamente esos discursos y actitudes han perdurado hasta la fecha, será porque o son muy creíbles o porque tienen un dejo de razón, o porque son cómodos y en raras ocasiones se les ha puesto en tela de juicio, o porque será que tanto a la psicología como a la psicología social realizada en este país le importa un bledo su historia y sus emplazamientos disciplinares, y prefiere el olvido institucional a la crítica ontológica e histórica de sus orígenes.

Para la psicología social en ciernes, tanto el crimen como las estrategias pedagógicas, así como la descripción de los ambientes inscritos en la vida urbana y en la movilidad social son procesos (psico)sociales que no estaban basados en premisas ni fisiológicas ni científicistas sino en dinámicas más culturales y colectivas, y que se referían a sí mismas a partir de las nociones y asimilaciones coloquiales que la gente “común y corriente” hacia de los discursos que se les imponían para describirlas; lo científico se recrearía en las nociones mundanas, y en las historias y narraciones que sobre la vida social se desplegaban y publicitaban; los estigmas por eso es que impregnaron el discurso cotidiano y a cualquiera se le volvió fácil acudir al mismo para describir a su prójimo o a su vecino, para restringir las relaciones en familia, y alejar a sus hijos de cualquiera que acreditara todas las características que se supondría tendría el criminal, o el delincuente, o el suicida, o el vago, o el indigente, o el loco malviviente.

Empero, en estos últimos personajes mencionados en los que recayó la mayor crítica y desplantes científicas, a cada uno de estos se les asignó una descripción, un diagnóstico y una solución, y para cada uno de los mismos una institución que los amparase, o los recluyera, hospitales, hospicios, orfanatos, Lecumbérri o La Castañeda [estas dos instituciones, junto con la Universidad Nacional, fueron construidas en la primer década del siglo XX (Valderrama, 1985; Solís, 1999)], asilos y albergues, pero nunca en las calles serían bien vistos, nadie los quería rondando por allí, saber de su existencia era tema de conversación, pero topárselos de frente significaría que el proyecto de realidad que se ofrecía no estaba resultando (Barbosa, 2006).

Los personajes que en la calle deambulaban expondrían los contrastes de la vida social y cotidiana, ciertamente estos serían los que estarían “fuera de lugar”, justificando así la exclusión, reclusión y segregación. Y como contraargumento, estos mismos personajes eran asiduos, contingentes, aparecían, desaparecían y reaparecían, en lugares específicos, sea por el puro gusto de estar ahí, sea porque de esa manera se generaría una concurrencia, un público, múltiples temas y conversaciones, clientes distinguidos y sendas actividades a realizar. Los cafés, por caso, son el emplazamiento cultural, político e ideológico, que funcionarían como el referente de todas las discusiones, ahí se construían y destruían reputaciones, buenaventuras y enemistades intelectuales, polémicas sobre lo que habría que hacer si se quería avanzar, o si se querían modificar las circunstancias, Sergio González sugiere: “[...]el territorio neutro de los espacios públicos es el café” (1990: 93); pero a decir de la historiadora Clementina Díaz y de Ovando: “Los cafés en México fueron, desde sus inicios, espacios de reunión, de conspiraciones políticas, de lectura de periódicos y peñas literarias” (2000: 13), “[...]todo el mundo sabe que la convivencia literaria y el café

son casi insolubles” insiste el periodista Sergio González Rodríguez (1990: 93), todo lo que le preocupaba a la sociedad mexicana pasaba por ahí, y cualquiera se podría integrar a la discusión, cualquiera podría opinar, y tal vez por eso, el atractivo de aquellos lugares de bebidas calientes y aroma particular se tornarían una total invitación a frecuentarlos.

¿Quiénes alternaban ahí? Pues cualquiera que fuera curioso, por escuchar, o por probar esas infusiones, espumas, sabores dulces o amargos, o para cualquiera que quisiera debatir, o presumir, o contonearse por la ciudad, gestando un mosaico hecho de sujetos sociales, de personajes mundanos, de personificaciones, de registros gestuales y visuales. Como sea, el cronista Guillermo Prieto dio un listado inicial: “Militares retirados y en servicio, tahúres en asueto, vagos consuetudinarios, abogados sin bufete, politiqueros sin ocupación, clérigos mundanos y residuos de covachuelas, garitos y juzgados civiles y criminales” (citado por Campos, 2000: 25); una página adelante, y después de citar al cronista, el poeta y narrador Campos engrosa la lista, así también, al café asistían: “galanes, jóvenes ociosos, bolsistas, colegiales, actrices, bailarinas, periodistas, literatos y jugadores de ajedrez y domino” (Campos, 2000, pág. 26).

Y aún cuando podría no parecer importante, la misma cita de Prieto la recupera Díaz y de Ovando, en su texto sobre *Los Cafés en México en el Siglo XIX*, texto crucial e imprescindible, por ser de los primeros en voltear la mirada a esos lugares, y porque entre sus páginas uno puede ir recolectando personajes, “personajes que pasaban casi todo su tiempo en el café” (2000: 50), “los parroquianos del café” (: 18), como ella misma les llama, quienes eran el sonoro reflejo del ambiente que allí se gestaba y de lo que se discutía: “Los cafés eran también *clubs* políticos, centros de conspiración, de espionaje, de refugio de cesantes, vagos, empleados, jugadores, caballeros de industria, asilo de políticos,

periodistas, militares, literatos, cómicos, “niños de casa rica”, dueños de haciendas, asombrados payos” (Díaz y de Ovando, 2000: 19), todos confluían aquí, en el siglo pasado o en el antepasado, el desfile de personajes consolidaba todo un espectáculo, y al buen observador le permitía desplegar sendas historias sobre la asistencia de aquellos cualquiera en aquel sitio; y la existencia de múltiples cafés sugería también que eran otras las conversaciones, posiblemente uno podría convocar la existencia de un personaje que los conoció todos, un personaje que llevaba consigo lo que en otros sitios escuchaba, eso no se sabe.

Y decir que eran otras las conversaciones, significaría que eran otros los públicos, lo cuál implica que el acceso a estos emplazamientos muchas veces dependería de los que ahí se congregaban, empero la distinción privado-público, se volvió tajante, semiprivadas las conversaciones, semipúblicos los espacios, así es como se construyen temas de interés, se enfocan problemáticas, se dividen los grupos y las experiencias, así es como darse una vuelta por algún café de la ciudad llevaría consigo una oportunidad de mejorar la propia existencia, “escribanos, agentes de negocios, corredores sin título, empleadillos, jubilados, caballeros de industria, parásitos, anhelosos de trabajo y payos” (Díaz y de Ovando, 2000: 41), eran otros de los tantos personajes, asimismo hubo otros cafés que serían el refugio “de *dandies*, de gomosos, de lagartijos, de elegantes, de damas de abolengo” (: 61, cursivas en el original); en la escalada social frecuentar un café era conocer, reconocer y desconocer, pláticas, intereses, personas, apodos, firmas, voces, nombres, rostros y apellidos. Práctica común, cotidiana, propia de cualquier lugar.

Para quienes se preguntan cuál es la relevancia histórica de los cafés, de su constante alusión, está estrictamente relacionada con que a partir de esos emplazamientos se

generaron otros más, en algunos se relajaba la moral, en otros se pretendía la elevación cultural. Y como punto final, es el café uno de los estandartes espaciales de la vida moderna.

Y cuando la concurrencia cambió, los cafés se vieron obligados a hacer lo mismo, tendrían que ser o más festivos o más intelectuales, más de plática, que de cotilleo; más de exhibición y malos hábitos que de discursos pomposos y redundantes, o daban un giro de 180 grados o desaparecían del horizonte urbano, lo cual sucedió y provocó que otros protagonistas se mantuvieran en el límite de lo bien visto y lo mal intencionado, o que de día se dedicaran a “algo” y de noche fueran “alguien”; junto con la conversación el baile fue una de las actividades que se incorporó en los cafés, y la exhibición, y la búsqueda de aventuras, ya no sólo valía escucharlas ahora se trataba de vivirlas (Díaz y de Ovando, 2000; Campos, 2001; González, 1990).

Ese espacio semipúblico, el café (Fernández, 1991), se reconoce como un refugio para el ciudadano, personaje representativo de la modernidad, personaje que se distinguía claramente de los que no eran reconocidos bajo ninguna etiqueta, aquellos mismos desplazados de cualquier parte, en específico los que vivían de –en- las calles (Barbosa, 2006), protagonistas que figuraban en las estampas sociales pero que la clase ilustrada desconocía como elemento primigenio de un proyecto de sociedad. Al café sólo acudían los individuos que tenían algo que decir, algo que conjeturar, algún tema del que podrían opinar, en el café se propondría una sutil estancia para conversar, una lógica sedentaria, llena de tranquilidad, reflejo digno de la modernidad. El café era –es- el lugar ideal para retirarse del barullo urbano, pero también para discutir, a la distancia, sobre el mismo. Según Fernández: “La razón por la cual parece necesario un espacio diferente al de la calle,

es que la ciudad ya se ha vuelto demasiado grande, y entre mercantilismo e inmigración, demasiado poblada de desconocidos y extraños, por lo que se dificulta el establecimiento de una conversación más allá de las fórmulas de saludo y de trabajo” (1991: 165).

Las calles eran –son- el espacio de transición para desplazarse de un lugar a otro, empero las historias sucedían en las calles, pero se acordaban en ciertos otros espacios (el café, las aulas, la cantina, la pulquería o el hogar), y se quería llegar a estos para contar lo que se había visto en las calles, y describirlo, en papel y con buena pluma, o compartirlo en sana prosa o concibiéndole épicamente. Eso, los cronistas, los novelistas, los ensayistas, de la época lo supieron hacer muy bien (Bisbal, 1963; de Campo, 1975; González, 1990). Desde siempre, el café se ha reconocido como otro personaje literario, ahí sucedían encuentros, se iniciaban historias, se elaboraban complots, romances y rompimientos, y todo eso fue registrado, vuelto re-cuento, dilema moral y exposición de la vida social. Como sea, “es en los cafés donde habita la sociedad civil” (Fernández, 1991: 165).

Pero no todo era la vida en el café, mejor dicho, no sólo en el café se discutió sobre el progreso, hubo otros espacios, lugares, emplazamientos, donde el reverso del espejo pulcro de la modernidad sería exhibido, con otra luz, diferente iluminación, siendo ésta una luz tenue y sugerente, o una oscuridad mediada; aparecieron otros personajes con sus respectivas dinámicas de convivencia, asimismo nuevas prácticas (sociales, políticas, sexuales, higiénicas). Y es que hubo cafeterías que degeneraron en prostíbulos y hubo prostíbulos que impondrían una nueva estética, aquella que proviene de la clandestinidad y la discreción; como sea, en el café se fundaron algunos procesos psico-colectivos, el de la conversación y el de la opinión; en los prostíbulos se generaron otros, el intercambio y la sumisión.

De inicio, la prostitución se ubicaría en las esquinas, al ofrecer públicamente un servicio que se iba a disfrutar en lo privado, claro está todo por precio, al que habría de corresponder con caricias, insultos, vejaciones, y en ocasiones, los clientes solamente querrían a alguien que les hiciera compañía, que los escuchará, pero en otras se pagaría y se cobraría para disponer o asumirse, respectivamente, como un costal. “Nada más porque la ven a una parada en la esquina creen que estás dispuesta todo”, se lee en una entrevista-testimonio (Aranda, 1990: 101), como ésta muchas son las historias que se han contado, desde siempre, o mejor dicho, desde que el oficio tuvo registro (González, 1990: 62-63), empero por un lado están todas esas historias y por el otro estará la intención de hacer del oficio un dato histórico, una estadística, una problemática (Núñez, 2002: 11), un tumor que extirpar del cuerpo social.

De la prostitución se despliega esa doble moral que ha caracterizado por siempre a la sociedad mexicana, liberal en lo privado, conservadora en lo público, enfocada en desplazar personajes y a la vez incorporar afinidades, esa actitud conservadora es más el producto de una presión social constante y de los juicios sumarios de los que nadie quiere ser sujeto, pero de los que siempre se querría participar. De ahí se desprende lo liberal que la modernidad izó como estandarte, qué cada quien haga con su vida lo que quiera mientras que aquello que realice no impacte personalmente, mucho menos familiarmente, o ya en extenso, barrialmente o colectivamente. Eso significaría que cualquier práctica sería bien vista mientras no fuera realizada en los alrededores del vecindario, la colonia, la delegación. Disposiciones urbanas que se reconocerían a partir de las actividades y de los grupos y clases sociales que ahí construirían su residencia (Álvarez y López, 1999; Barbosa, 2002).

De la mano de la modernidad se crearon personajes que pudieran ser relegados de ese proyecto, y técnicas de depuración, exclusión, reclusión, serían asimiladas por la población, con la intención velada de ubicarse dentro de las categorías que resonaban como parte de un proyecto de sociedad. El crimen y la delincuencia, por caso (Buffington, 2001), son parte de esa historia oculta respecto a lo que se hizo para avalar los avances acaecidos en el México moderno.

El ocio y el esparcimiento, el qué hacía la gente en sus ratos libres, con quién se juntaba, reunía y discutía, cuáles eran sus hábitos públicos, personales o qué es lo que hacía en la cama, con quién y dónde, se volvieron temas de interés, ¿objetos de estudio?, o ni siquiera de eso, sino que atrajeron la curiosidad de los investigadores de buenas conciencias, misóginos, juiciosos y con los recursos y respaldos morales suficientes como para decir y señalar que estaba bien hacer o practicar y que sería penalizado, a saber, el pensamiento rígido del cientificismo positivo comenzó su atentado contra el libre albedrío.

Esa división, mejor dicho, esa segregación imponía sus propios criterios, los de la modernidad, los de la exhibición de una buena imagen, los de la pulcritud, los de una elevada moralidad. La bandera higienista se izó para territorializar las prácticas sociales. Cuando la modernidad se instauró en la sociedad mexicana, lo hizo de manera selectiva, omitiendo prácticas y exaltando discursos, lo científico sería el bastión de tal distinción, donde la cotidianeidad sería puesta en un segundo o tercer plano de discusión.

Diversas tesis con connotaciones científicas fueron las que se volvieron comunes entre los intelectuales, los académicos, los ciudadanos, cada una sería “aplicada” porque se confiaba ciegamente en sus presupuestos, resultaban creíbles aunque los ejemplos no fueran los más

adecuados, eran universales aunque no tuvieran ninguna relación con la dinámica local, serían sentencias prácticas y oraciones cómodas pero nada éticas sobre un posible tratamiento enfocado hacia uno o varios individuos, un grupo en particular o toda una colectividad. Sobre lo individual hasta lo ideológico el pensamiento científico positivista tendría alguna respuesta y solución (Urías, 1996, 2000; Buffington , 2001; Piccato, 2010).

El caso más ilustrativo es el del registro y politización de la prostitución, una práctica que se justificaba porque entre las conciencias eruditas y populares se le vería como un “mal necesario”, podría existir pero se debía controlar, y ocultar de las miradas decentes e inocentes de una sociedad encaminada al progreso. Empero, habría que tener bajo estricta vigilancia los comportamientos de ese personaje, y en específico dar seguimiento a sus hábitos, justificando así el “promover la higiene privada de la prostituta, que es una mujer pública” (Núñez, 2002: 31). Los discursos provienen desde el siglo antepasado, y su instauración sucedió a inicios del siglo XX, desde la antropología criminal fue como a la prostituta se le categorizó como la versión femenina del “criminal nato” (:17), ambos vistos como sujetos dignos, respectivamente, de disección y de extinción.

A partir de la versión científica, no de la novelada (Rodríguez, 2007: 327), responsabilidad de Luis Lara y Pardo llamada *La Prostitución en México. Estudio de Higiene Social*, de 1908, fue como a las involucradas en ese oficio se les repudiaría, por insalubres, por primitivas, por pobres y por feas, adjetivaciones que allende ser ridículas fueron los criterios a los que se apegaron los higienistas para clasificarles, o para –con la mejor de las voluntades- relegarles a los lugares adecuados (Rodríguez, 1990), evidentes emplazamientos permisivos, instaurados claramente para que sus tarifas devinieran impuestos (Barbosa, 2002).

La relación entre prostitución-crimen-pobreza-fealdad generó toda una tipología cargada de prejuicios, desplegando una mentalidad y una actitud negativa a todo lo que proviniera de cualquiera de esas definiciones científicas conservadoras. Quién sabe si en realidad se asumieran como verdaderas, como reales, empero se acudía a estas para rechazar, descalificar, ideologizar, intimidar y humillar a los que eran así catalogados. Y estos ni enterados.

Lugares, personajes, recorridos, deambulares, estancias, permanencias, narrativas, registros, placas, hábitos, asistencias, de todos estos elementos, por separado o en conjunto se encargó la psicología social, todo esto llamó su atención, ahí es donde se localizaban sus “objetos de estudio”, por un lado lo que la definía como disciplina se relacionaba con lo que veía y describía a partir de la cotidianeidad, le importaba el cómo los grupos iban apareciendo, multiplicándose las prácticas, construyendo lugares, proponiendo conversaciones de mucha o poca relevancia; en sus orígenes la psicología social en México se interesó por la cultura, por lo que la gente común y corriente decía, hacía o pensaba, y no buscaba respuestas ni soluciones, era más comprensiva que explicativa, más descriptiva que analítica, más vivencial que comportamental, la paradoja es la siguiente, lo que nunca quiso ser es lo que la asumió como disciplina científica e independiente, una falacia intelectual, que hasta la fecha pervive, ya que aquellos “objetos de estudio” se desdibujaron en pos de otros más adecuados para ese hacer las cosas tan natural y científicista.

2.- Orígenes

Responsabilidad sobre ésta manera de concebir la realidad es la de la psicología general, una que se ha interesado por todos los individuos o colectividades que se distinguen de “lo

normal”, y para los cuales se fueron elaborando etiquetas y perfiles e instrumentos de medición (Colotla y Jurado, 1982-83). Y la realidad se volvería aprehensible a partir de éstas técnicas. Se volvería selectiva, se impondrían categorías, se rechazarían o aceptarían nuevos grupos y dinámicas sociales. Desde sus inicios, la psicología en México, repetía e imputaba los criterios positivistas en la investigación⁴, donde la imposición desplazaría otras maneras de aproximarse al contexto, y la repetición de esa ideología sería por comodidad. Y es que era más fácil catalogar a alguien o algo de anómico o diferente o extravagante o impresentable, que reconocerle su autenticidad como una forma, o una distinta relación social.

Pero con la psicología social sería “otro cantar”, ya que las clasificaciones, etiquetas, categorías, serán vistas como formas de interacción, de relacionarse, y entonces las preguntas contrastaban con aquellas otras que intentasen reafirmar que todo lo diferente sería negativo, que su existencia o presencia afectaría el bienestar social, que las conductas deberían ser de una sola manera, que los comportamientos estaban regulados para ser practicados y bien vistos en un solo lugar, que las actitudes no eran algo que se medía, registraba y se podría manipular, sino que las actitudes eran, relativamente, producto del pensamiento social.

⁴ Ciertamente, el positivismo impactó en las investigaciones que en México se realizaban, la propuesta incorporaba planteamientos originales y coherentes para describir la realidad, asimismo y al amparo de la cientificidad que propugnaba, a la comunidad intelectual le pareció adecuada la adopción de esa postura. Y se puede hablar tanto de las virtudes como de los excesos cometidos en todos los ámbitos en nombre del positivismo, siendo ésta última acotación la que más argumentos ha desplegado, volviéndose la tarea más común en la investigación en ciencias sociales. Según dice la maestra Laura Cházaro: “Parece ser, que algunos han querido únicamente mostrar cuánto el positivismo afectó a la educación, haciendo al positivismo la doctrina oficial del Porfiriato” (1994: 64n), en efecto, los científicos sociales han tratado de evidenciar las responsabilidades intelectuales del positivismo, y a decir verdad quien sabe si esa influencia sucedió en todos los escenarios, pero en el caso específico de la psicología y la psicología social sí lo logró, permeó los criterios y las conciencias, los discursos y se tornó una afirmación, y ostentar una investigación con criterios positivistas serviría para descalificar cualesquier otra investigación.

2.1. La vida social y la psicología social

Saber algo no significa que uno pueda demostrarlo
James Ellroy

La psicología social en México tiene un registro histórico, hay datos y documentos que lo avalan, pero los orígenes siempre se confunden o con una fecha o con un lugar⁵, y pocas veces se pone atención a la narración, a lo que se decía que era, y al cómo es que esto se describía, y al cómo es que ese conocimiento se desplegaba entre las conciencias, en diversos escenarios –el académico⁶ y el cotidiano- y entre la gente: el intelectual, el científico, el lego de la calle, el disidente social. Y entre todas se concibió una definición, contingente, relativa, justificada a partir de los juicios y de los acuerdos momentáneos, de las políticas educativas, de lo que se enseñaba en las aulas, o lo que se conversaba en los

⁵ Quien sabe si eso suceda en todas las disciplinas, o si la manera de hacer investigación imponga la ideologización de las fechas como el origen de un campo de conocimiento. Ciertamente el dato es importante, pero no es absoluto. Y es que las fechas, así como los lugares o latitudes geográficas, ponen en contexto, permiten reconocer cuándo y dónde se generó ese presupuesto, pero además permiten identificar las relaciones que se establecen con aquel apartado socio-histórico, esto implica el preguntarse por qué es lo que se pensaba en ese momento, qué era lo que a los distintos grupos que conformaban esa sociedad les interesaba responder, qué era lo que les preocupaba, y en específico cómo es que todo esto generó una nueva mirada, “psicosocial” le podríamos llamar. Sin embargo, pareciera ser que es una la fecha que todo “psicólogo social” debe aprenderse y memorizar, 1908, avalando esa historia tendenciosa proveniente anclada en los manuales escolares (Álvaro y Garrido, 2004), develando el impacto que tendría la publicación y divulgación de una idea, en efecto, en 1908 se publican dos textos con el mismo título en sus portadas, escrito desde latitudes geográficas distintas y por autores disímiles, siendo esos datos los que se memorizarán para dar cuenta de los inicios disciplinares, y de la subsecuente división al interior de la misma. Pero así como publicar un texto se volvió un dato histórico no publicarlo también, por caso, lo que sucedió con el manuscrito de Gabriel Tarde, *Psicología Social y Lógica Social*, que hubiera pasado a la historia como la primigenia teorización de psicología social si no se le hubiera obligado a dividirlo en dos partes, *Las Leyes de la Imitación* (1890) y *La Lógica Social* (1895), siendo ésta una exigencia para ser publicado (Ibáñez, 1990). Aunque la justificación – que no argumento- para que esto se refiriera así, es que según Collier, Minton y Reynolds (1991: 86), Tarde no sabía que estaba hablando de “psicología social”, y Ross (uno de los autores que publicó en 1908) sí. Una aseveración arriesgada ya que si lo psicosocial es un acuerdo, un paradigma postulado por una comunidad científica, esto nos obliga a discutir qué sí y que no es, en la actualidad, “psicología social”. Y las reflexiones de Tarde, ahora, lo son (Fernández, 2006; Latour, 2013).

⁶ Y así como publicar es importante, disciplinalmente hablando tiene relevancia el rastrear en qué contextos se comenzó a mencionar esa nueva mirada, dos casos en específico nos permiten ilustrar lo dicho: 1) el seminario que desde 1900 impartió el filósofo George Herbert Mead en la Universidad de Chicago y que llamó “psicología social” (Farr, 1996); y 2) el proyecto histórico que elaboró durante 20 años Wilhelm Wundt y que algunos reconocen como “psicología social” (Boring, 1950). Publicaciones, seminarios e instituciones se interrelacionan para dar cuenta de una historia disciplinar.

ratos de ocio, describiendo lo que se veía a diario y en los más pintorescos lugares, empero de lo que se hacía pasar, o se entendía, como “problemática social”.

La pobreza era una y la insalubridad otra más, y entre las dos, parecían evidenciar que el proyecto de la modernidad no estaba funcionando como se decía en los discursos políticos e institucionales; ver a los pobres en las calles y que estos hicieran lo que les daba su regalada gana a muchos no les parecía muy satisfactorio (Piccato, 2010), por ejemplo, los políticos los ignoraban pero vaya que en sus campañas los referían y mencionaban; los intelectuales, los cronistas, los periodistas, los novelistas, escribían sobre aquellos, sobre las penurias y sobre las vejaciones, por increíbles, o porque uno nunca se imaginaría –desde una posición acomodada- lo que se necesitaría para sobrevivir; la literatura –la coloquial y la que pretendía ser documento serio⁷- en la transición de un siglo a otro fue ilustrativa con respecto a los personajes o tipos sociales que iban apareciendo, que según se decía salían de las cloacas (González, 1990), o que provendrían de otras localidades (Barbosa, 2006), y que realizaban toda clase de nuevas, atractivas y originales prácticas sociales.

2.2. Reglamentos para las multitudes

Lo que sucedió, iniciado el siglo XX, en la capital de la sociedad mexicana, fue una plétora de transformaciones culturales, provenientes de los más diversos flancos, por ejemplo el

⁷ “Tales intersecciones de la ficción literaria con la historia o la ciencia de la sociedad, lejos de ser recientes, se han venido produciendo, por lo menos, desde el siglo XVIII, época en que estas dos maneras de abordar el estudio de la vida social adquirieron su forma característicamente moderna” (Berger, 1977: 12). Productos de una misma época, reflejos del pensamiento social, exigencias sobre el cómo aproximarse a la realidad, a la sociedad vivida, a las experiencias compartidas. Sin embargo, la exigencias de la modernidad obligaron a que cada una de estas maneras de describir el contexto fuese cada vez más distinguible, y que se pretendiera imponer una sobre otra, el debate surge a partir de las preguntas: ¿cuál de las dos es más real?, ¿cuál de las dos es más verdadera?, la respuesta para los fines de este escrito sería, “y porque alguna de las dos tendría que serlo”. Entramparnos en una polémica tal sería desgastante, asimismo interesante, pero desviaría la atención sobre lo que en este escrito se pretende, al final, y no es que sean más “reales” o “verdaderas” las afirmaciones o sentencias de una y otra aproximación, sino que son válidas (Berger, 1977: 284), para continuar describiendo realidades, contextos, sociedades, prácticas y costumbres.

urbanístico, que iban desde el trazo de las calles hasta el identificar quiénes sí podrán transitarlas; desde la instalación del alumbrado y la iluminación pública (López, 2002), hasta desplazar grupos, sujetos o colectividades hacia la sombras; desde la reglamentación de cierta clase de prácticas en las calles hasta el deambular justificado por la clandestinidad (González, 1990). Y será en las grandes urbes, en la instauración de ese proyecto, donde tendrían cabida imposiciones higienistas. “Orden y progreso”, tal como rezaba la modernidad sería un asunto de depuración y limpieza (étnica, racial, moral, de clase).

“Uniformizar a la población” (Barbosa, 2006: 117), al final eso fue lo que sucedió bajo la consigna de la modernidad, los estereotipos surgieron de las clasificaciones científicas y de las categorías académicas enfocadas hacia las problemáticas sociales. Los reglamentos fueron los dispositivos para legitimar la higiene pública y la asistencia social, pero a la vez con los reglamentos se ve desplegada una mentalidad a saber: la del control, contención, delimitación, de lo que se asumía como amenazas a la estabilidad y lo que era obligado de esconder. La modernidad y la verdad científica iban de la mano, ejerciendo coerción, y evidente exclusión, hacia cualquiera que se distanciara de las mismas.

Y había reglamentos para todo, porque se temía que cualquier práctica fuera de las acuerdos científicas, podría atentar contra el avance que se añoraba. Hubo reglamentos para vigilar las prácticas sexuales, para los hábitos alimenticios, para la vestimenta que se usaba públicamente, para las actividades recreativas que se realizaban, para la velocidad al caminar las calles, para la apariencia e higiene personal, para el manejo del entorno y de las basuras producidas (Rodríguez, 1990; Núñez, 2002; Barbosa, 2006). Y su justificación era un asunto de percepción social, porque todas serían percibidas así, como inmorales, antihigiénicas, anormales e indecentes.

La descalificación fue un asunto generalizado, el desdén a lo que un amplio sector de la sociedad realizaba, gestó a una entidad intangible y sin rastro en las estadísticas, en los documentos serios, en el dato duro que se intentaba crear, inaprehensibles, eran “los seres fronterizos” (Rodríguez, 1990: 24), los fracasos de la modernidad, los ceros sociales, susceptibles de cualquier medida, y que si no fuera por las crónicas, las novelas, los registros visuales de sus actividades, seguirían siendo invisibles para toda sociedad que se regodea en esa soberbia retórica de la modernidad.

3.- Colofón

El discurso de la modernidad impactó en los incipientes campos de conocimiento, y lo que les cuestionó, para reconocerles, fue lo funcional o útil, o impactantes, que serían esas primeras disertaciones, según cada uno de los autores, las aportaciones⁸ que se podrían recuperar de aquellas primeras citas sobre una disciplina que con tal nombre y apellido, son variadas, y dependen de lo que se intenta cuestionar con esos datos, por un lado su

⁸ Cada cuál es libre de extraer sus propias conclusiones, lo único que queda claro es que éstas tienen intencionalidad, y en la búsqueda o construcción de un dato histórico, el riesgo que se corre es terminar emitiendo un juicio de valor, eso es lo que ha pasado con los que se interesaron de la Historia de la psicología, olvidando que los criterios para señalar que vale y que no en una disciplina no depende de ellos, ni de sus comparas, ni de hacerlo público en un texto, porque eso no es más que un proceso de ideologización. Para el presente texto, lo que importa no es la psicología sino la psicología social, y a partir de un mismo dato –la impartición de una cátedra de psicología social en la Escuela de Altos Estudios Profesionales en 1905 por James Mark Baldwin- tiene cabida otra discusión, ésta proviene de ese nuevo escenario, la psicología social, ¿qué sugería?, ¿cuáles serían sus aportaciones?, ¿cuál era el objeto de estudio que proponía?, ¿por qué un campo de conocimiento con esas características?, a nivel mundial ¿quiénes hablaban de ésta?, y en el ámbito local ¿a qué problemáticas se enfocaba?, ¿para qué un curso con esas características enfocado en la realidad mexicana?. Esas son las preguntas que guían la discusión.

cientificidad (Gallegos, 1981-82; Álvarez, 2011), por el otro, su trasfondo sociocultural (Rodríguez, 2007).

Cada cuál es libre de extraer sus propias conclusiones, lo único que queda claro es que éstas tienen intencionalidad, y en la búsqueda o construcción de un dato histórico, el riesgo que se corre es terminar emitiendo un juicio de valor, eso es lo que ha pasado con los que se interesaron de la Historia de la psicología, olvidando que los criterios para señalar que vale y que no en una disciplina no depende de ellos, ni de sus comparsas, ni de hacerlo público en un texto, porque eso no es más que un proceso de ideologización. Para el presente texto, lo que importa no es la psicología sino la psicología social, y a partir de un mismo dato –la impartición de una cátedra de psicología social en la Escuela de Altos Estudios Profesionales en 1905 por James Mark Baldwin- tiene cabida otra discusión, ésta proviene de ese nuevo escenario, la psicología social, ¿qué sugería?, ¿cuáles serían sus aportaciones?, ¿cuál era el objeto de estudio que proponía?, ¿por qué un campo de conocimiento con esas características?, a nivel mundial ¿quiénes hablaban de ésta?, y en el ámbito local ¿a qué problemáticas se enfocaba?, ¿para qué un curso con esas características enfocado en la realidad mexicana?. Esas son las preguntas que guían la discusión.

3.1. Leer a Baldwin o a Tarde

La psicología social desarrollada en México, abrevó de lo que desde distintas latitudes políticas, culturales, intelectuales, propondrían, el contexto tan variado permitió que cualquier teoría desplegara una respuesta hacia las problemáticas sociales, las tesis criminalísticas e higienistas son el ejemplo más a la mano que permite ilustrar todo esto. Su valor radica en la visibilidad de su “objeto de estudio”, observable, medible y cuantificable, esto es, las conductas y comportamientos a los que se referían y a su identificación como

elemento de cambio en las prácticas cotidianas. Empero, toda conducta, comportamiento, proviene de una actitud, esto es, son manifestaciones del pensamiento social, alguien las inventó, a los demás les resultaron atractivas y las imitaron, y fue a partir del intento de apearse a esa primera versión que su difusión y práctica constante, permitió nuevas y distintas maneras de relacionarse.

J. M. Baldwin, quien podría simplemente pasar a la historia disciplinar como el introductor del término “psicosociología”, fue lo suficientemente hábil como para explorar aquel proceso psicosocial que Gabriel Tarde propuso como el objeto de estudio de la psicología social, un proceso “intermental” lo llamó el francés, “algo” que no surge del interior del individuo sino que se ubica “en medio de”, debatir quién lo dijo primero o quién de los dos elaboró una propuesta teórica más completa exige un manuscrito aparte. Lo que cabría señalar son los distintos puntos de partida para llegar a las casi mismas conclusiones. Baldwin (1897), aboga por la “herencia social” y el desenvolvimiento moral (será por eso que junto con las tesis higienistas y biologicistas en México se le vio con tan buenos ojos a su propuesta); mientras que Tarde (1890), intercedió por la noción de “interacción” (noción que nadie sabía con certeza a qué se refirió; o será que su escritura tipo ensayo siempre fue objeto de crítica y rechazos), y porque la psicología social que postuló no la llamó así, sino “inter-psicología” (término más que adecuado para sus propios intereses).

Para ejemplificar su propuesta Baldwin convocó la infancia, o mejor dicho, el registro de lo que cualquier niño realiza en sus etapas de desarrollo, lo que aprende y más que nada, lo que imita o repite; y ahí radica la confusión: la imitación para Baldwin era la repetición de las conductas que observaba en su ambiente, cercano, local, de convivencia, y en esa repetición el niño se reconocía, a él como un ser diferente; a los demás como sus iguales,

sujetos sociales que podrían repetir lo mismo que él hubo realizado. La propuesta de Baldwin llega a ser tan ilustrativa en el contexto mexicano a partir de la cantidad de nuevas actividades que se estaban realizando, nadie sabía de dónde provenían, y cómo y a partir de qué se estaban multiplicando. Cada actividad sugería un nuevo personaje, un obligado registro, una evidente reglamentación, un latente impuesto. Todas las actividades, que realizaban hombres, mujeres, ancianos y niños, en la calle, en la casa, en la plaza, eran formas de subsistir, y que dado el grado de excesiva insalubridad, insuficiente asistencia, visible pobreza, eran formas aprendidas en los círculos más cercanos para sobrevivir.

Y es ésta versión, la de Baldwin, una que contiene dejos de paternalismo, altruismo y justificada sumisión si es que cualquiera desea modificar sus condiciones cercanas; no pasa lo mismo con lo propuesto por Tarde, y es que para el jurista francés, “la sociedad [completa] es imitación” (1890: 221), es el proceso constante en el cual estamos inmersos, con el que nos reconocemos y con base en la imitación es que pertenecemos a una sociedad, y es que imitamos todo, los gestos, el tono de voz, la ropa, el andar, los hábitos, y ciertamente aprendemos actividades y comportamientos que nos permiten sobrevivir, pero por sobre todas las cuestiones imitamos para convivir, por curiosidad y porque visto en perspectiva, el apartado cultural del progreso se localiza en la contraparte de la imitación, esto es, la invención, al proponer “algo” distinto, diferente, al descubrir que con los mismos elementos, otra historia puede ser contada.

Y Tarde tenía un gusto exagerado por las estadísticas, porque según él, en estas se reflejaba lo que una sociedad hacía o había hecho durante un determinado espacio y tiempo, puede ser que las problemáticas identificadas, terminarán por volverse una cifra impactante, y ante la impresión que sugiere un número nada se podría ya hacer, sin embargo, esas cifras, las

conocidas y las ocultas, conllevan un trasfondo psicosociológico⁹, en México, a través de todo lo que se quiso reglamentar, instaurar, prevenir, desplazar. Y otra historia hubiera sido, si tan siquiera se hubiera leído a un autor en lugar de al otro.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Aguado, Irene, César Avendaño y Carlos Mondragón, coords. 1999. *Historia, Psicología y Subjetividad*. México, UNAM/FES Iztacala.

Alvarez, Germán 2011 *Hitos y mitos de la psicología mexicana en el Porfiriato*. México. Facultad de psicología. UNAM.

Álvarez, Ana L. y Rogelio López 1999 *El Servicio de limpia en la Ciudad de México*. México. Gobierno de la Ciudad de México.

Alvaro, José Luis y Alicia Garrido. 2003. *Psicología Social. Perspectivas Psicológicas y Sociológicas*. Madrid. Mc Graw-Hill.

Arciga, Salvador, coord., 2007 *Psicología de las Transformaciones Culturales*. México. UAM-I.

⁹ Da la impresión de que “la cultura” es un tema de moda, pero no, las prácticas mundanas, el lenguaje coloquial, el identificar que las costumbres de hoy tienen mucho de las que se realizaban ayer, o el deambular callejero, o los emplazamientos clandestinos, o el arrabal, o el reconocimiento de personajes ordinarios y sus disertaciones, sus maneras de ver el mundo y la realidad; sus estrategias para afrontarla o aceptarla tal cual es, o tal y cómo la han vivido. Todo eso es de interés para la psicología social. Y valdría una acotación, éstas no son temáticas exclusivas de ninguna disciplina o campo de conocimiento que se pregunte por lo que es “lo social”. Cada cuál trata de problematizarle, en su muy particular forma, y bajo lo que propiamente sugieren como el método adecuado para hacerlo, hablan con la gente, le preguntan de qué va, por dónde anda y cómo ve al mundo; o los acompañan toda una jornada, y se interesan por lo que viven día a día, y les cuestionan el porque es tan interesante *su* cotidianeidad. Si ellos mismos la ven como tal o si solamente es una invención académica. Y entonces ellos, o ellas, o todos, contestan, y dicen lo que saben, o lo que el mismo contexto les da a entender. Y adquieren conciencia de lo que han hecho, o de lo que han sido, o de lo que jamás van a hacer, reconocen los juicios de valor a partir de los cuales se les ha preguntado por su vida, y a la vez las normas sociales que se han acordado o impuesto según sea el caso, o los grupos sociales a los cuales pertenecen, o se les ha forzado a permanecer ahí, y así, al llamarles como, “gente de la calle”, “malviviente”, “desobligado”, “baquetón”, “mujerzuela”, “vicioso”, “pobre”, “desadaptado social”, “vago”, gestan esas realidades. Dinámicas sociales que se desprenden de estos distintos sujetos, personajes ordinarios que dejan de serlo para volverse etiquetas, clasificaciones o estereotipos.

Baldwin, James M. 1897 *Interpretaciones Sociales y Éticas del Desarrollo Mental*. 1907. (3era edición al castellano). Traducido por Adolfo Posada y Gónzalo J. De la Espada. Madrid. Daniel Jorro.

Barbosa, Mario 2008 *El Trabajo en las calles. Subsistencia y negociación política en la Ciudad de México a comienzos del siglo XX*. México. El Colegio de México/UAM-C.

Berger, Monroe 1977 *La Novela y las ciencias sociales. Mundos reales e imaginados*. 1979 (1era edición al castellano). Traducido por Francisco González Aramburo. México. FCE.

Bisbal, María T. 1963 *Los Novelistas y la Ciudad de México. (1810-1910)*. México. Ediciones Botas.

Boring, Edwin G. 1950 *Historia de la Psicología Experimental*. 1978 (1era edición al español). México. Trillas.

Bouthoul, Gaston 1979 *Historia de la Sociología*. 1979 (1era edición al castellano). Traducido por Eduard Sierra. Barcelona. Oikos-Tau.

Buceta, Luis 1979 *Introducción Histórica a la Psicología Social*. Barcelona. Vicens Universidad.

Buffington, Robert 2000 *Criminales y Ciudadanos en el México Moderno*. 2001 (1era edición al español). Traducido por Enrique Mercado. México. Siglo XXI.

Burke, Peter 1991 “Obertura: la nueva historia, su pasado y su futuro”, en Burke, Peter, Robert Darnton, Ivan Gaskell, Giovanni Levi, Roy Porter, Gwyn Prins, Joan Scott, Jim Sharpe, Richard Tuck y Henk Wesseling *Formas de Hacer Historia*. Madrid. Alianza Editorial. Pp. 11-37.

Burke, Peter, Robert Darnton, Ivan Gaskell, Giovanni Levi, Roy Porter, Gwyn Prins, Joan Scott, Jim Sharpe, Richard Tuck y Henk Wesseling *Formas de Hacer Historia*. 1993 (1era edición al castellano). Traducido por José Luis Gil Aristu. Madrid. Alianza Editorial.

Calderoni, Sonia 2006 “Haciendo públicos actos de nuestra vida privada. El divorcio en Nuevo León”, en Gonzalbo, Pilar dir., *Historia de la Vida Cotidiana en México. Vol. 4. Bienes y vivencias. El siglo XIX*. México. FCE/ColMex. pp. 463-498.

Campos, Marco. 2001. *El café literario en Ciudad de México en los siglos XIX y XX*, México, Editorial Aldus.

Cházaro, Laura 1994 “El pensamiento sociológico y el positivismo a fines del siglo XIX en México”, en *Sociológica*, Año 9, núm 26, Septiembre-Diciembre, pp. 39-75.

Collier, Gary, Henry L. Minton & Graham Reynolds 1991 *Escenarios y Tendencias de la Psicología Social*. 1996 (1era edición al español). Madrid. Tecnos.

Colotla, Víctor y Samuel Jurado (1982-1983). Desarrollo histórico de la medición psicológica en México. *Acta Psicológica Mexicana*. Vol. 2, Núm. 1, 2, 3, 4. Pp. 45-60.

Danziger, Kurt 1990 *Constructing The Subject. Historical Origins of Psychological Research*. Cambridge University Press.

de Campo, Angel 1975 *El Alma de la Ciudad*. México. Colección METROpolitana.

Díaz y Ovando, Clementina 2000 *Los Cafés en México en el Siglo XIX*. México. UNAM.

Dosse, François 2000 *La Historia. Conceptos y escrituras*. 2003 (1era edición al español). Traducido por Horacio Pons. Buenos Aires. Nueva Visión.

Farr, Robert 1996 *The Roots of Modern Social Psychology. 1872-1954*. Cambridge. Blackwell Publishers.

Fernández, Pablo 1991 “El emplazamiento de la memoria colectiva: crónica psicosocial”, en *Revista de Psicología Social*, 6(2), pp. 161-177.

Fernández, Pablo 2006 *El Concepto de Psicología Colectiva*. México. UNAM.

Fernández, Pablo 2007 “Aprioris para una psicología de la cultura”, en: Arciga, Salvador, coord., *Psicología de las Transformaciones Culturales*. México. UAM-I. Pp. 33-62.

Gallegos, Xóchitl 1982-1983 “Las visitas de James Mark Baldwin y de Pierre Janet a la Universidad Nacional de México”, en *Acta Psicológica Mexicana*. Vol. 2, núm. 1-4. Pp. 73-81.

Gonzalbo, Pilar dir., 2005 *Historia de la Vida Cotidiana en México*. México. Fondo de Cultura Económica/El Colegio de México. 6 vols.

González, Sergio 1990 *Los Bajos Fondos. El antro, la bohemia y el café*. México. Cal y Arena.

Guerrero, Julio 1901 *La Génesis del Crimen en México. Estudio de Psiquiatría Social*. 1996 (1era edición para Cien de México). México. CONACULTA.

Halbwachs, Maurice 1925 *Los Marcos Sociales de la Memoria*. 2004 (1era edición en Anthropos). Traducido por Manuel A. Baeza y Michel Mujica. Barcelona. Anthropos.

Ibáñez, Tomás 1990 *Aproximaciones a la Psicología Social*. Barcelona. Sendai.

Jurado, Samuel (1982). *Sesenta Años en la Historia de la Psicología en México (1900-1960)*. México. UNAM. Tesis de Licenciatura.

Latour, Bruno 2013 “Prefacio”, en Gabriel Tarde 2013 *Las Leyes Sociales*. Barcelona. Gedisa. Pp. 9-36.

Le Goff, Jacques y Pierre Nora, coords., 1974 *Hacer la Historia*. 1978 (1era edición al castellano). Traducido por Jem Cabanes. Barcelona. Laia. 3 Vol.

López, Sergio, Francisco Ochoa, Carlos Mondragón y José Velasco 1989 *Psicología, Historia y Crítica*. México. UNAM.

López, Sergio 1999 “La psicología y su relación con el Estado porfirista”, en Aguado Irene, César Avendaño y Carlos Mondragón, coords. *Historia, Psicología y Subjetividad*. México. UNAM/FES Iztacala. Pp. 157-179.

López, Sergio 2002 *Historia del aire y otros olores en la ciudad de México. 1840-1900*. México. CEAPAC/Miguel Angel Porrúa.

Moscovici, Serge 1961 *El Psicoanálisis, su imagen y su público*. 1979. Buenos Aires. Huemul.

Moscovici, Serge 1981 *La Era de las Multitudes. Un Tratado Histórico sobre Psicología de las Masas*. 1985 (1era edición al español). Traducido por Aurelio Garzón del Camino. México. FCE.

Moscovici, Serge & Ivana Markova 2006 *The Making of Modern Social Psychology. The hidden story of how an international social science was created*. Londres, Polity Press.

Núñez, Fernanda 2002 *La Prostitución y su represión en la Ciudad de México. (Siglo XIX). Prácticas y representaciones.* Barcelona. Gedisa.

Ornelas, Roberto 2006 “Radio y cotidianidad en México (1900-1930)”, en Gonzalbo, Pilar dir., *Historia de la Vida Cotidiana en México. Vol. 5. Siglo XX. Campo y Ciudad.* México. FCE/ColMex.

Piccato, Pablo 2001 *Ciudad de Sospechosos: crimen en la Ciudad de México. 1900-1931.* 2010 (1era edición al castellano). Traducido por Lucía Rayas. México. CIESAS/CONACULTA.

Rodríguez, Salvador I. 2005 “Arraigo de la Psicología Social en México”. Zamora, Michoacán, Centro de Estudios sobre las Tradiciones. ColMich. Tesis Doctoral.

Rodríguez, Salvador I. 2007 “Historia de la Psicología Social en México: sus inicios”, en Aguilar, Miguel Ángel y Anne Reid, coords., *Tratado de Psicología Social. Perspectivas socioculturales.* Barcelona. UAM-Anthropos. Pp. 301-337.

Sharpe, Jim 1991 “Historia desde abajo”, en Burke, Peter, Robert Darnton, Ivan Gaskell, Giovanni Levi, Roy Porter, Gwyn Prins, Joan Scott, Jim Sharpe, Richard Tuck y Henk Wesseling *Formas de Hacer Historia.* 1993 Madrid. Alianza Editorial. Pp. 38-58.

Solís, Arcelia (1999). “Desarrollo de la psicología en México a principios del siglo XX, 1900-1920”, en Aguado Irene, César Avendaño y Carlos Mondragón, coords., *Historia, Psicología y Subjetividad.* México. UNAM. FES Iztacala. Pp. 181-202.

Tarde, Gabriel 1890 *Las Leyes de la Imitación.* 1907 (2da edición al español). Traducido por Alejo García Góngora. Madrid. Daniel Jorro.

Tarde, Gabriel 1898 *Las Leyes Sociales*. 2013 (1era edición al castellano). Traducido por Eduardo Riseni. Barcelona. Gedisa.

Urías, Beatriz 1996 “El determinismo biológico en México: del darwinismo social a la sociología criminal”, en *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 58, núm. 4 (Oct.-Dec., 1996), pp. 99-126.

Urías, Beatriz 2000 *Indígena y criminal. Interpretaciones del derecho y la antropología en México, 1871-1921*. México. Universidad Iberoamericana/CONACULTA.

Valderrama, Pablo 1982-1983 “En torno al inicio de la psicología en México”, en *Acta Psicológica Mexicana*. Vol. 2, Núm. 1-4, pp. 45-60.

Valderrama, Pablo 1985 “Un esquema para la historia de la psicología en México”, en *Revista Mexicana de Psicología*. Vol. 2, Núm 1, pp. 80-92.

Valderrama, Pablo, Xóchitl Gallegos, Víctor Colotla y Samuel Jurado 1994 *Evolución de la psicología en México*. México. El Manual Moderno.

Viqueira Albán, Pedro 1987 *¿Relajados o reprimidos? Diversiones públicas y vida social en la ciudad de México durante el Siglo de las Luces*. México. FCE.

VV.AA. 1990. *El nuevo arte de amar. Usos y costumbres sexuales en México*. 1992 (cuarta edición). México. Cal y Arena.

Zea, Leopoldo 1943 *El Positivismo en México. Nacimiento, apogeo y decadencia*. México. FCE.

Artículo recibido el 26 de agosto de 2013 y aprobado el 25 de abril de 2014.